

Cuernavaca



ISBN: 978-1-291-04543-7

©Fernando Fontenla / Versión b5-palatino

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. N° 5044419

Roberto bajó del colectivo de la línea 98 a las ocho menos veinte de una fría mañana de Julio. Aún no había amanecido y soplaba un viento glacial. Antes de salir de su casa, en Berazategui, había visto en la tele que la sensación térmica estaba en los dos grados bajo cero. Caminó emponchado en su abrigo los escasos cien metros que lo separaban del supermercado chino en dónde trabajaba. Al llegar allí se encontró con la puerta cerrada. El dueño aún no había llegado, y para colmo de males la puerta se encontraba en la ochava de la esquina, lugar en dónde parecían encontrarse todos los vientos del mundo. Cruzó a la vereda de enfrente con la intención de protegerse del aire helado y esperó. Ya las piernas empezaban a temblarle cuando apareció el dueño con su hija y abrió la puerta. Roberto caminó mecánicamente hasta la oficina, y sacó de un cajón la llave de la caja registradora. Una vez en su puesto de trabajo, encendió la computadora mientras acomodaba la góndola de las golosinas. Diez minutos más tarde llegó el primer cliente y empezó a cobrar.

Hacía casi un año que trabajaba allí como repositor, y a base de romperse el lomo como un burro y de hacer todo lo que se le decía sin rechistar nunca jamás, había logrado ganarse la confianza de su jefe hasta el punto en que le había entregado el mando de una de las cajas. Lo había conseguido a pesar de sus compañeros de trabajo, que habían hecho todo lo posible para voltearlo, contándole perrerías al chino acerca de él. Además, habían intentado hacerle pisar el palito en infinidad de oportunidades, pero gracias a la Divina Providencia todo lo que habían hecho les había resultado contraproducente y hasta habían terminado beneficiándolo. Con la dosis exacta de chupada de medias, ni poco ni mucho, había conseguido lo imposible: Que el chino le confiara la guita a alguien que no era de la familia. Quizás, todo había resultado así gracias a que sus compañeros no habían aprendido lo que él ya sabía desde hacía mucho: Que a veces para conseguir ínfimos beneficios hay que hacer cosas desagradables durante largos periodos de tiempo. Y después de todo, lo de chupar las medias no era tan malo. Había cosas peores. Sin duda.

Las puertas del local permanecían abiertas durante toda la jornada permitiendo que el aire frío llegara hasta la línea de cajas, pero él estaba preparado para eso. En su pueblo natal, en el altiplano a ciento cincuenta kilómetros de La Paz, soplaban vientos más helados y más resecos.

El cuarto o quinto cliente que atendió le reclamó por un vuelto mal dado. Roberto lo revisó comprobando que el cliente tenía razón. Se había equivocado. No solía sucederle. Su mente había sido siempre rápida para las cuentas, y poseía esa capacidad que no todo el mundo tiene, y que suele ser más femenina que masculina, de poder pensar en varias cosas al mismo tiempo, pero hoy estaba

descentrado, tenía en la cabeza un problema de cierta gravedad que le ocupaba muchas conexiones neuronales.

Esa mañana, antes de salir de la casa que compartía con un amigo, había discutido con él en muy malos términos. Pésimos términos. Todos los males de esa casa habían comenzado el día en que había llegado la mujer de Ramiro. Mientras habían estado ellos dos solos, él había sabido conducir al desprolijo Ramiro con cierto orden, pero con la mina ya no se podía; era una víbora que poseía la habilidad de ponerlo estúpido a Ramiro, además de ser una roñosa. Acumulaba pilas de platos sucios sobre la mesada haciéndolos habitar allí durante semanas enteras. Tiraba basura en la bolsa aunque ya estuviera rebalsada, y para completar el panorama, esa misma mañana, Roberto se había encontrado con el espectáculo de una caja de pizza clavada en la parte superior de la bolsa de basura, con medio kilo de mozzarella chorreando hasta el suelo en medio de una sopa de tomate de olor nauseabundo. Y ni hablar del baño, la inmunda cagaba soretes gruesos como secuoyas que resultaban imposibles de tragar para el pobre inodoro. Las cosas habían llegado a tal punto que había decidido bañarse en el supermercado para no tener que entrar más a ese lugar asqueroso.

La cuestión era que esa mañana había reputeado a la mina, y ella a él, y Ramiro a ellos dos, y todos contra todos. Se armó un gran kilombo. La mina había empezado a revolear cosas y hasta habían venido los vecinos a ver qué pasaba.

No podía volver allí..., o por lo menos no quería.

–Tomá, me diste cincuenta pesos de más –le dijo un cliente interrumpiendo sus meditaciones.

Roberto agarró el billete y lo guardó en la caja con sigilo. El chino, que estaba atendiendo en la caja de al lado, y que había llegado a oír el comentario del cliente, se dio vuelta y lo miró con cara de pocos amigos.

Tenía que concentrarse en el trabajo, en caso contrario iba a echar por la borda todo el trabajito fino de los últimos diez meses. Intentó dejar de pensar en la repugnante mujer de su amigo concentrándose en los billetes, y lo logró durante un par de horas, pero al acercarse el mediodía su mente volvió a jugarle malas pasadas.

El jefe, atento como un lince, llamó a su hija para que se ocupara de la caja y lo llevó aparte. Roberto se vio venir con resignación una prédica mercantilista.

–¿Qué pasa? –dijo el jefe con el típico acento oriental–. Estás dando cualquier cosa en los vueltos. ¿No dolmil bien?

Roberto lo miró con serias dudas acerca de si debía contarle el problema o no. No sabía si le entendería. Los chinos arreglaban sus cosas de una manera extraña.

–¿Y? –Insistió el jefe–. ¿Quelés que ponga otlo en la caja?

Roberto se espabiló. Eso era lo último que quería.

–Tengo problemas en mi casa –dijo–. La mujer de mi amigo me echó.

–¡Mujeles! ¡Tenía que sel! Y... Andate a vivir sólo.

El jefe dio un paso atrás con la evidente intención de volver a lo suyo, pero luego se detuvo y la expresión de su cara cambió.

–¿Por qué no te quedás a vivir acá? –dijo y ahora de pronto pronunciaba mejor las erres.

–¿Acá dónde? –preguntó Roberto extrañado.

–Acá arriba hay un departamento.

Roberto había visto que desde el depósito de la primera planta existía una escalera que continuaba hacia arriba, pero siempre había pensado que sería un altillo en dónde el chino guardaba sus cosas personales.

–¿Un departamento? –preguntó.

–Sí, sí... Si vos te quedás a las noches, yo no tengo que pagarle más al de seguridad. Te dejo el departamento gratis.

Roberto miró desconcertado a su jefe sin poder creer lo que escuchaba. Eso sonaba muy bien de verdad, demasiado para ser cierto. Departamento gratis. En la casa que compartía con Ramiro, era él mismo quién pagaba la mayoría de las cuentas, viviendo sólo y sin pagar alquiler hasta podría ahorrar.

No pudo evitar sonreír.

–Menos mal que te reís, ya pensaba que te habías quedado sordo –dijo el jefe–. ¿Te gusta la idea o no?

Roberto no dudó más.

–Sí, claro. Me quedo acá –dijo.

A partir de ese instante su cerebro volvió a funcionar con rapidez y eficacia como siempre, sin cometer más errores. Se sentía exultante, con energía de sobra. Pasó la tarde regocijándose de la cara que pondrían Ramiro y la yegua esa cuando les dijera que el jefe le iba a pagar el alquiler del departamento. Se iban a querer matar esos dos inútiles, no iban a saber para dónde agarrar. Ahora les iba a pagar el alquiler montoto.

En la última hora antes de cerrar, momento en el que se concentraba la mayor cantidad de clientes, la hija mayor del jefe se puso a trabajar en la caja de al lado. Roberto no pudo evitar mirarla de reojo. Era una belleza oriental de diecinueve años con un físico mundial. Culo redondito y cintura de muñeca, usaba unos corpiños que le mandaban las tetas para arriba y parecía que le iban a explotar. O por ahí, no usaba corpiño y las tenía así, cosa que él jamás podría comprobar porque la pendeja ni lo miraba y además salía con un chino grande como un ropero, así que mirarla sólo servía para hacerse mala sangre.

–¿Me cambias cien? –le dijo la china. Parecía que se encontraba ante una de esas excepcionales ocasiones en que se dignaba a dirigirle la palabra.

Roberto contó seis billetes de diez pesos y dos de veinte, y se estiró para dárselos. Ella lo miró a los ojos mientras agarraba los billetes.

–Qué bueno que te vas a quedar a dormir acá –le dijo con una sonrisa.

Roberto se quedó pasmado mirándola sin entender nada mientras ella se daba vuelta y seguía trabajando. Lo que le faltaba: que la pendeja lo gozara, porque no podía ser que se hubiera vuelto macanuda de golpe.

Al hacerse las nueve de la noche el gran momento llegó. Una vez cerrado el supermercado, el jefe lo guió escaleras arriba hasta su nuevo «departamento» que resultó ser una habitación con un pequeño ventanuco, un baño de uno por uno que para ducharte casi te tenías que subir al inodoro y una cocina en un pasillo. Lo bueno, mejor dicho, lo extraordinario, era que estaba amueblado de forma impecable: cama de dos plazas king size, un placard enorme, piso alfombrado, una de las paredes espejada por completo y el resto recién pintadas a dos tonos. Toda la decoración era en tonos azules, bien moderna. Colgado del techo, justo frente a la cama, había un televisor led de última generación y en una esquina un equipo de música Sony que debía ser de los más caros, y que en el frente decía 9900 watts. Los parlantes del equipo estaban colgados en las esquinas del techo, tipo discoteca.

Mientras Roberto miraba embobado su nueva morada, el chino empezó a sacar ropa del placard y a meterla en una valija, había muchas cosas suyas allí. Entonces Roberto cayó en la cuenta de que el chino había estado usando el departamento como un bulo, lo increíble era que lo sacrificara sólo para ahorrarse la paga de la seguridad.

El jefe pareció intuir su pensamiento.

–Ya no estoy para estas cosas –dijo.

–¿Me va a dejar la tele y el equipo de música? –preguntó Roberto esperando una certera respuesta negativa.

–Sí, te los dejo. Igual en casa no me dejan escuchar música –dijo el jefe y salió con la valija al hombro.

El lugar era increíble, chico pero lujoso. Abrió las puertas que aún estaban cerradas del placard y vio que allí habían quedado varias frazadas y un acolchado, o quizás el jefe luego vendría a buscarlos, aunque ahora eso carecía de importancia. Tuvo que ponerse en puntas de pie para poder ver por la ventana, ya que estaba colocada bastante alta. Allá abajo, en la calle mojada, vio pasar los autos y los colectivos. Se encontraba a cierta altura, como si estuviera en un segundo piso. El supermercado ocupaba toda la planta baja, el depósito la primera planta y el departamento estaba ubicado en una especie de altillo.

Tenía que regresar a la casa de su amigo a buscar sus pertenencias, pero ahora no tenía ganas. Lo haría al día siguiente, hoy sólo quería disfrutar de su nueva casa. Por otra parte, no necesitaba nada con urgencia; como todos los días desde que había decidido bañarse en el supermercado, había traído una mochila con ropa para cambiarse.

El jefe volvió a entrar con unas llaves en la mano.

–Estas son las de la puerta del departamento, y estas las de la calle –dijo señalando cada una de las llaves–. Escuchame bien. Supongo que en algún momento saldrás, pero quiero que pases las noches acá. Acordate que es como tu segundo trabajo, con eso pagas el alquiler de este departamento. ¿Está claro?

Roberto estiró la mano para agarrar las llaves mientras no podía impedir que su boca esbozara una sonrisa. Cuando estaba a punto de alcanzarlas el chino las retiró.

–¿Vos ves lo que te estoy dejando? ¿No? –dijo señalando con el brazo a su alrededor.

Roberto siguió con la mirada el recorrido del brazo de su jefe y se sintió estúpido.

–Sí, señor, lo veo –dijo.

–Necesito que estés alerta ¿De acuerdo?

–Sí, de acuerdo.

–Si alguien intentara entrar al supermercado por la noche, llamame enseguida. A mi primero. Antes que a la policía.

Roberto asintió con la cabeza y el chino le puso las llaves en la mano.

–Ahh... algo más –dijo.

En la pared había un cuadro con un dibujo de una caricatura de una carrera de autos. El jefe lo apartó hacia un costado y detrás apareció una puertita. La abrió, y metiendo la mano sacó una pistola que pasó de una mano a la otra tanteando su peso.

–Por si necesitas defenderte antes de que yo llegue –dijo y volvió a guardarla–. Está cargada. –volvió a acomodar el cuadro en su lugar.

Roberto jamás había tenido una pistola en sus manos y tampoco le preocupaba, en caso de que ocurriera algo llamaría a la policía. Si el chino había visto muchas películas de Jackie Chan era problema suyo, por más que le dejara la suite del Hilton, no era motivo para que se jugara el pellejo haciéndose el pistolero.

El jefe lo miró con el rostro serio durante un momento, pero luego sonrió y lo dejó sólo de nuevo. Cinco minutos después, Roberto oyó como puerta de calle se cerraba. Estaba sólo. Ahora y hasta las ocho de la mañana siguiente él era el dueño.

El dueño...

Sí...

Lo había logrado. Medio por tenacidad, medio de casualidad, pero ahí estaba, con todo bajo su control. Volvió a mirar a su alrededor, aún sin poder creérselo del todo. Se acostó en la cama estirando brazos y piernas, y dio vueltas para un lado y para otro. El colchón era espléndido, en él iba a dormir como un rey; los colchones duros y chatos habían desaparecido de su vida de una vez y para siempre. Al darse vuelta una vez más, su cara chocó contra el control remoto de la tele, la encendió y el sonido brotó por todos los parlantes del techo; se notaba que la tele estaba conectada al equipo de música. Volvió a apagar todo y se levantó. Lo primero que quería hacer era un reconocimiento del terreno.

Bajó por la escalera caracol hasta el depósito y encendió todas las luces. Caminó tranquilo entre las largas hileras de mercadería observando todo con detenimiento, como nunca antes había podido hacer. El depósito tenía las mismas medidas que el salón del supermercado que estaba debajo; unos treinta metros de largo por catorce o dieciséis de ancho. Al llegar a la zona del fondo, donde rara vez había pisado antes, empezó a descubrir algunas cosas insólitas, como por ejemplo una gran cantidad de alimentos vencidos. ¿Para qué corno guardaría el chino todo eso? Más adelante encontró pirotecnia del año anterior, que por supuesto no debería estar almacenada junto con los alimentos, y además, según recordaba, en ese supermercado no se había vendido pirotecnia en las últimas navidades, por lo que su origen era desconocido. Por último, junto a la pared del fondo, aparecieron las bebidas alcohólicas. Muchas bebidas alcohólicas. Demasiadas. Ocupaban todo el ancho del depósito en tres hileras de metro y medio de ancho que llegaban casi hasta la altura de un hombre. Abrió algunas cajas al azar y fueron apareciendo Chivas Regal de dieciocho años, Jhonny Walker Black Label, y un interminable arsenal de Jack Daniels. ¿A quién le vendería el chino todo eso? Porque sin duda la clientela rasca de ese barrio jamás compraría una botella de esas. Había una verdadera fortuna en whisky y otras bebidas, lo que demostraba que el jefe tenía más negocios no declarados de lo que él jamás hubiera imaginado.

Volvió a acomodar todo tal cual estaba y bajó al supermercado. De la góndola de los congelados tomó una caja de hamburguesas de las más caras, luego pan del mejor, y para rematar una Heineken. Hoy era un día de festejo, nada de ahorrar. Encendió la caja registradora, y pasó los productos cobrándose a sí mismo. No había cámaras en el supermercado, por lo menos hasta donde él sabía, pero no era cuestión de que el jefecito tuviera las cervezas contadas y que por una hamburguesa lo levantara en peso.

El departamento no tenía comedor, pero una mesa con rueditas se acercaba a la cama, y disfrutó de la comida mirando la tele. Al sentir que el sueño estaba a punto de vencerlo, programó el apagado automático para una hora más tarde y se acostó.

Algún tiempo después se despertó sobresaltado sin entender por qué. Había un ruido atronador. Cuando sus sentidos comenzaron a funcionar de nuevo vio que el equipo de música había vuelto a encenderse. Estiró el brazo y lo apagó de un manotazo. Se quedó un momento mirando la oscuridad desconcertado. Pensó que al programar el televisor habría tocado algo del equipo de música, o quizás el jefe lo tendría programado como despertador a esa hora. Miró el reloj y vio que marcaba las tres y treinta y tres, demasiado temprano para despertarse, aunque vaya uno a saber a qué hora se harían los negocios de la parte trasera del depósito. Exploró el control remoto del equipo intentando desactivar la alarma si la hubiera, pero no encontró nada y decidió dejarlo para el día siguiente. Volvió a dormirse y ya no se despertó hasta la mañana.

Al día siguiente, durante el cierre del mediodía, hizo el postergado y odioso viaje hasta su antigua casa, a retirar sus pertenencias. Tuvo suerte. Ni Ramiro ni su mujer estaban a la vista. Mejor así. Primero había pensado en regocijarse de ellos, haciendo alarde de su nuevo departamento, pero en este momento sus antiguos compañeros de vivienda le parecían una cosa del pasado y prefería no verlos. Guardó todo lo que pudo en un bolso enorme y dejó una escueta nota sobre la mesa: «no vuelvo más, no me busquen». Luego lo pensó mejor y con una sonrisa agregó una línea más abajo: «disfruten».

Llegó al supermercado cuando aún faltaba media hora para la apertura de las cuatro de la tarde. Pensó en aprovechar ese lapso para hacer una siesta y con esa intención subía hacia el departamento cuando oyó música. Al llegar hasta la puerta, descubrió que la música venía de allí adentro. El equipo de música debía de haberse encendido otra vez, estaba claro que existía alguna función de apagado o encendido programable que tendría que descubrir si no quería volver despertarse sobresaltado a las tres de la mañana. Metió la llave en la cerradura y no pudo girarla, entonces probó el picaporte.

La puerta estaba abierta.

Antes de salir se había asegurado dos veces de haber cerrado bien con llave. Alguien había entrado y no podía ser otro que el jefe. Abrió la puerta del todo. En la cocina no había nadie pero cuando miró hacia la habitación vio dos pies con zapatos femeninos sobresaliendo de la cama. Al entrar en la habitación se encontró con la hija del chino acostada en la cama boca arriba con los ojos cerrados. Llevaba puesta una remera rosa ajustada de mangas largas, una pollera corta y unas medias de lycra en dos tonos de rojo. El control remoto estaba

abandonado sobre la cama a pocos centímetros de su mano izquierda. Roberto lo tomó y bajó el volumen. Al hacer eso ella se sentó de golpe algo asustada, luego relajó el rostro, y miró a Roberto con una sonrisa.

–Mi papá me dejaba venir a escuchar música acá –dijo–.

–¿Sí?

–¿Vos me vas a dejar?

Roberto dudó, el cambio de actitud de ella era muy sospechoso.

–Vení cuando quieras –dijo al fin y sintió que a pesar de su tez morena se ponía rojo como esquimal en baño sueco.

–¿Qué música escuchás?

Roberto intentaba mirarla a la cara sin bajar la vista hacia su cuerpo, pero por momentos no lo conseguía.

–Ehh... cumbia... bachata, merengue –dijo y notando que la cara de ella no era demasiado alentadora intentó arreglarlo–. Me gusta de todo. ¿Y a vos?

–Me gusta la música electrónica, y la marcha –dijo ella parándose y caminando hacia la puerta–. En especial me gusta Lady ga ga.

Roberto se sintió tentado de correr a cerrarle la puerta para evitar que se fuera.

–No sé cómo te llamás –dijo cuando ella ya casi pisaba el umbral de la puerta.

La chica se dio vuelta y lo miró fingiendo estar enojada.

–¿Cómo que no sabés mi nombre? –dijo–. Habrás escuchado a mi padre llamándome mil veces.

–Sí, pero de las mil veces, ninguna le entendí bien que decía.

Ella regresó sobre sus pasos, se puso en puntas de pie y acercó su mejilla a la de Roberto hasta apoyarla con suavidad.

–Me llamo Lixue –le dijo al oído–. Ele-i-equis-u-e. Lixue... –apoyó los labios abiertos en la mejilla de Roberto y le dio un beso.

Roberto luchó un momento contra su deseo de abrazarla, y un segundo después cuando se había decidido a hacerlo, ya no era posible, Lixue se había separado de él y volvía a caminar hacia la puerta.

–Volvé cuando quieras –dijo Roberto con la voz entrecortada.

Lixue levantó la mano y movió los dedos saludando. Luego salió sin darse vuelta.

Roberto empezó a caminar de un lado a otro de la habitación. Se sentía eufórico, pero le costaba creer que lo que había sucedido hacía sólo un minuto fuera real, y sobre todo, lo más increíble, era que estuviera pasándole a él, que tantas veces había estado en la mala. Revivió ese instante varias veces en la mente hasta convencerse de que de verdad había existido. Después de unos minutos la euforia fue dando paso a una sensación más desagradable, de desaliento; una sensación que conocía bien y que experimentaba mucho más a

menudo que la euforia. Era como cuando en un partido de fútbol empezabas ganando uno a cero, pero al final te terminaban cagando a goles. Bajó a la tierra y consideró que ese cambio repentino en la actitud de la hija del chino no podía ser nada bueno. No podía ser que la mina se fijara en él, menos una mina así, de golpe, y justo ahora. También era muy probable que al jefe no le gustara nada verlo coquetear con la hija. Era muy tentador jugar con ella, pero de ninguna manera iba a arriesgar lo conseguido hasta ahora. Iba a tener que andar con mucho cuidado hasta que estuviera seguro de qué es lo que estaba pasando.

A última hora le tocó trabajar duro subiendo mercadería al depósito y terminó rendido. Esa noche después de cenar, encendió la tele con la idea de mirar alguna película, pero el sueño lo venció enseguida. La imagen de Lixue le volvía a la mente una y otra vez, y aún le parecía sentir su beso en su rostro. Si seguía así iba rumbo a desbarrancarse por un mal camino, lo mejor sería que se la sacara de la cabeza.

Se despertó en medio de un estruendo infernal con el corazón latiéndole desbocado. Cuando su cerebro logró reaccionar, vio las luces del equipo de música titilando en la oscuridad. El dichoso equipo había vuelto a encenderse solo, pero esta vez iba a cortar por lo sano. Se levantó de la cama de un salto, y cuando logró encontrar el cable de la corriente, tiró con fuerza dejando el equipo enmudecido. Se sentó en la cama y esperó a que su corazón retomara su ritmo normal. Tomó el celular de la mesita de luz y miró la hora: Otra vez las tres y treinta y tres. No cabía duda de que el equipo estaba programado para encenderse a esa hora; iba a tener que conseguir el manual o preguntarle al chino como se programaba, de lo contrario una noche de estas se iba a morir de un infarto, mientras tanto dejaría el equipo de mierda desenchufado. Antes de que la música lo despertara había estado soñando con algo muy vívido, algo desagradable que ahora no lograba recordar. Sentía la garganta seca, áspera, y caliente, como si le estuviera a punto de entrar una gripe. Caminó hasta la cocina con la intención de servirse un vaso de agua. Mientras el vaso se llenaba volvió a oír música, aunque esta vez a un volumen muy bajo, casi inaudible, como si viniera de la casa de al lado. Lo extraño era que sonaba la misma canción que hacía un momento lo había despertado a todo volumen. Después de pensarlo un instante, cayó en la cuenta de que eso tenía explicación. En el equipo se había encendido la radio, y lo que sucedía ahora era que alguien en la casa de al lado estaba oyendo la misma emisora. ¿Demasiada casualidad? Inclino el vaso y el agua helada le recorrió la garganta, aliviándole el ardor. Se sirvió un segundo vaso mientras seguía oyendo la canción a la lejos. Era una canción conocida, la cantaba una mujer en inglés y estaba casi seguro que era música disco de los años

setenta. ¿Gloria Gaynor quizás? Entonces, hacia su izquierda, le pareció ver un reflejo de luz de color violeta.

El pasillo en dónde se encontraba la cocina continuaba dos metros más hacia la casa del vecino, y allí se interrumpía de forma abrupta sin que esos últimos dos metros tuvieran un fin lógico, más bien parecía que el pasillo fuera el producto de una configuración edilicia anterior, de antes de que se construyera el departamento. El reflejo violeta había salido del fondo de ese pasillo inútil, cuyo único uso actual era el de acumular algunos trastos. Dio algunos pasos hacia el final del pasillo y distinguió que por el lateral izquierdo entraba algo de luz desde la calle. Al acercarse comprobó que allí había una segunda ventana, más pequeña aún que la de la habitación, cuadrada, y de no más de cincuenta centímetros de lado. La ventana estaba tapada casi por completo por una pila de cajas, pero quedaba un pequeño espacio libre por dónde entraba la luz. Esa era la explicación del reflejo: un auto que pasaba por la avenida habría reflejado fugazmente la luz de sus faros hacia la ventana. Tuvo que subirse arriba de una caja para poder mirar hacia afuera ya que la ventana comenzaba a una altura mayor que la de sus ojos. Estaba llegando a ver los techos de las casas de la vereda de enfrente cuando la caja se movió, inclinándose y haciéndole perder el equilibrio. Intentó sostenerse apoyando una mano en la pared del fondo del pasillo, pero para su sorpresa, la pared cedió, y su brazo se hundió en ella. La caja terminó dándose vuelta y Roberto cayó al suelo quedando medio colgado del brazo que había entrado a través de la pared. Se levantó lo más rápido posible, sacó el brazo del agujero, y retrocedió por el pasillo hasta llegar al interruptor de la luz. Su corazón había vuelto a acelerarse. Con la luz encendida vio que la pared del fondo parecía ser de una madera muy delgada. En el lateral izquierdo se había desprendido de la pared del pasillo, abriéndose un hueco por el que había entrado su brazo. Caminó de nuevo hacia el fondo del pasillo e intentó mirar por el agujero.

No se veía nada, pero sí se oía con claridad. De allí salía la música, y a pesar de que ya habían pasado varios minutos desde que se había despertado, aún seguía sonando la misma canción. El agujero era demasiado pequeño para meter la cabeza y no podía ver nada. ¿Estaría la casa del vecino detrás de esa madera? Intentó romper la madera con las manos para abrir un poco más el agujero y poder ver mejor, pero al ejercer presión toda la madera completa se hundió, desprendiéndose de las paredes laterales y cayendo hacia la oscuridad que había detrás. Se levantó una nube de polvo mientras empezaba a sentirse un olor a humedad penetrante, como si el lugar hubiera estado cerrado durante una larga temporada. El fondo del pasillo había quedado abierto por completo. Más allá, todo era oscuridad, sólo se oía la misma canción recomenzando por tercera vez.

Necesitaba una linterna.

Bajó corriendo las escaleras hasta la oficina del supermercado, en dónde el jefe guardaba una. Linterna en mano volvió corriendo al departamento y la enfocó ansioso hacía el fondo del pasillo.

El haz de luz de la linterna le mostró algo muy extraño. El mismo pasillo continuaba unos seis u ocho metros más allá hasta finalizar en otra pared. A medio camino, sobre la pared de la izquierda, había otra ventana igual a la anterior, tapiada con maderas, y que sólo dejaba pasar unas pequeñas rendijas de luz del exterior. Lo más raro era que del lado derecho del pasillo no había pared, ni tampoco continuaba el suelo hacia ese lado, por lo que el pasillo parecía estar colgado en el vacío sólo unido a la pared izquierda. Dio un paso hacia adelante y parándose el borde derecho del pasillo enfocó hacia abajo.

Había escalones que descendían.

Uno, dos, tres, cuatro... Contó hasta once escalones. Luego un espacio plano de un metro y una pared. Los escalones eran grandes, como de sesenta centímetros de ancho y abarcaban todo el largo del pasillo, parecía como si fueran los escalones de una grada de un estadio.

Se quedó un momento inmóvil, desconcertado ante el extraño lugar en que se hallaba. No entendía cuál podía haber sido el fin de esa especie de tribuna y menos aún que hacía allí entre el supermercado y la casa vecina. A todo esto la música continuaba sonando y parecía salir desde la parte de abajo de la grada.

Bajó un pie al primer escalón apoyándose con mucho cuidado; la estructura podía ser antigua y estar endeble, sin embargo el pie apoyó sobre suelo firme. Pateó el escalón con fuerza para estar seguro y continuó descendiendo. Al pisar el segundo escalón la música se detuvo de golpe. Lo invadió la inmediata sensación de que lo habían descubierto y se quedó inmóvil de nuevo. El silencio era casi absoluto, y sólo se oía a lo lejos el paso de los coches en la avenida. Por un momento temió que la música empezara a sonar de nuevo. Si eso sucedía subiría los escalones a la carrera y no pararía hasta salir a la calle. Después de varios minutos sin novedad tomó coraje, continuó bajando los escalones uno a uno hasta llegar al de más abajo, y se paró en el espacio de un metro que había antes de la pared. Al iluminar la pared con la linterna descubrió que esta tenía sólo un metro de altura, como si fuera una baranda, y que más allá estaba el vacío de verdad. Sintió que el vértigo se apoderaba de él y por un momento pensó que se encontraba en una especie de balcón a los infiernos, pero al enfocar con la linterna más allá de la baranda y sondear el abismo comprobó que unos cuatro metros más abajo estaba el suelo.

Y entonces entendió o creyó entender:

Estaba en una especie de teatro. El pasillo de su departamento se encontraba como a unos ocho metros de altura, como en un segundo piso. Luego la grada, o tribuna como quiera llamársele, descendía unos cuatro metros entre sus once escalones, y por último ahora veía un suelo más abajo que tenía que coincidir con el nivel de la calle, el nivel cero. Caminó a lo largo de la baranda de la grada con la intención de buscar la escalera que lo llevara al suelo, pero recorrió los ocho metros hasta la pared opuesta sin encontrarla. ¿Cómo podía ser que no se pudiera bajar? Volvió a enfocar con la linterna hacia abajo pensando que quizás la escalera estuviera pegada a la baranda en alguna parte, pero nada, si la escalera había existido en algún momento ya no estaba. Sondeó con la linterna hacia adelante para ver hasta dónde llegaba el ambiente y vio que en el límite del alcance de la linterna apenas se divisaba una oscura pared. Parecía que el lugar era tan largo como el supermercado. La pared izquierda era lisa y estaba pintada con una descascarada pintura de color rojo, mientras que la que daba contra el supermercado estaba sin revocar, lo que denotaba que estaba hecha con posterioridad, con apuro, y sin preocupación por la estética. Esta última pared parecía cortar el ambiente en dos, como si al construir el supermercado hubieran dejado allí esa franja de terreno sin usar, quizás pensando en darle otro uso y luego olvidándola. Esto último explicaba algunas cosas, como por ejemplo la inexistencia de la escalera, que habría estado en la parte de la grada que ahora ocupaba el supermercado. Parecía evidente que el negocio había sido construido en un antiguo teatro.

Lo inexplicable era por qué no habían utilizado todo el espacio disponible, dejando esa franja de ocho metros de ancho entre el supermercado y la casa vecina.

Comenzaba a subir de nuevo la grada con la intención de volverse a dormir cuando dos fognazos de luz violeta estallaron a su espalda. Se dio vuelta de un golpe y se quedó petrificado con el brazo extendido y la linterna iluminando el vacío más allá de la baranda. ¿Qué mierda había sido eso? ¿Habría alguien allí? Si así era, ahora estaría cagándose de risa de él en silencio.

Retrocedió un paso y su pie tropezó contra el siguiente escalón. No podía subir la grada marcha atrás, si quería salir de ahí tendría que darse vuelta, pero su cuerpo se resistía a dar la espalda al lugar de dónde habían salido los fognazos. Esperó un minuto más y luego dio media vuelta subiendo los escalones a la carrera hasta salir al pasillo «normal» de su departamento. Con la mano libre levantó la tapia de madera que había quedado en el suelo, tiró de ella agarrándola de una manija de metal que antes no había visto y la cerró. La tapia encajó a la perfección en el umbral del pasillo y se cerró por completo sin dejar resquicios.

Roberto la contempló maravillado. No parecía que hubiera un pasaje allí.

Retrocedió de espaldas hacia su habitación sin dejar de mirar el fondo del pasillo con un temor infantil de que se abriera la tapia y dejara salir alguna especie de alien o algo por el estilo. Encendió todas las luces y también la tele. Encendió todo menos el maldito equipo de música que dejó desenchufado. Ya estaba harto de música por hoy.

Se sentó en la cama y pasó el resto de la noche mirando el resumen de los deportes de la olimpiada de Londres, asomándose de vez en cuando al pasillo para comprobar si la tapia seguía en su lugar. Sólo pudo conciliar el sueño cuando vio la luz del amanecer en la ventana, hora en que todos los alien y monstruos del mundo, y en especial los de la mente, vuelven a sus guaridas. Sólo durmió media hora antes de tener que levantarse para ocupar su puesto en la caja registradora.

–¡Marta! ¡Traeme la comida!

–Ya te dije cuatro veces que acá no hay ninguna Marta, soy Sofía tu nieta.

–Recién andaba la Marta por acá.

–Sería el espíritu, porque la tía Marta murió hace cinco años... Tomá, acá tenés la comida.

...

–¡Abuelo! No tires la comida al suelo.

–Está podrida, hija.

–¡Como va a estar podrida! ¡Si la acabo de cocinar, recién!

–Sí, está repasada.

–¿De dónde sacás eso?

–Me lo dijo la Marta que pasó recién.

–Ayyy, por Dios. ¡Que Marta! ¡Comé, haceme el favor!

...

–¿A qué hora empieza el baile? Mirá que yo quiero ir.

–¿Qué baile? No hay ningún baile.

–Sí, acá al lado, en Cuernavaca, ayer a la noche escuché que había baile.

–Hace veinte años que está cerrado ese baile, abuelo. Vos viste que ahora es un supermercado. ¿No te acordás cuando fuimos a comprar el otro día?

–Volvieron a inaugurarlo, me lo dijo la Marta.

–Y dale con la Marta. Comé que se te enfría. Te voy a buscar la fruta.

Sofía eligió una banana y una mandarina. Miró por la ventana de la cocina hacia el viejo edificio del supermercado que estaba más allá del patio. Un extractor giraba con lentitud a media altura de la pared.

No abría baile, pero en las últimas semanas sí había habido música, en eso tenía razón el viejo. Tanto la habitación del abuelo como la de ella misma daban al patio, y por lo tanto las ventanas quedaban a pocos metros de la parte trasera del supermercado. El viejo, al despertarse continuamente por las noches, abría oído la música, y por eso abría maquinado lo del baile. Ella solía quedarse hasta las tantas navegando por internet, y el viernes de la semana pasada, sobre las tres y media de la mañana, alguien había puesto música en el supermercado a un volumen suave pero suficiente como para oírse con claridad en el silencio de la noche. Se había repetido la misma canción cinco veces y luego nada. La canción la conocía de sobra, porque era una de las que solía escuchar la tía Marta: Corazón de cristal, de Blondie, un hit de la música disco de los setenta. ¿Sería esa la relación que habían entablado las machacadas neuronas del viejo? Blondie-Marta-Cuernavaca. Y de ahí habría sacado lo del baile. Sí, seguro que era así.

Y anoche, de nuevo viernes, habían vuelto a poner música a la misma hora, y otra vez se repitió un sólo cinco veces. Esta vez le había tocado el turno a Phill Collins, con *Against all odds*, un tema lento de 1984, uno de los favoritos de la tía Marta, que a Sofía durante su infancia no le había quedado más remedio que oír una interminable cantidad de veces. No cabía duda: el que estaba poniendo música en el super era de la misma generación que la tía, aunque tenía una costumbre inusual: ponía un solo tema cinco veces para luego irse a dormir.

Buscó el tema en *you tube*, y se puso a mirar el video sin poder dejar de recordar a su tía mientras lo hacía. De allí fue al cajón de fotos viejas de la familia, y pasó un largo rato desarchivando recuerdos. Por último abrió el cajón de más abajo, dónde estaban los discos de 33 revoluciones de la tía que ya no había dónde reproducir. Los fue sacando uno a uno: Aparecieron, Tina Turner, Dire Straits, Queen, Paul McCartney, Steve Wonder, Pink Floyd, y cómo no Génesis. Sin embargo no estaba allí el álbum de Phill Collins que contenía *Against all odds* que con seguridad se habría extraviado, o con más probabilidad estropeado de escucharlo tantas veces. Al sacar el último álbum apareció un sobre grande de papel color madera que no recordaba haber visto antes. Al levantarlo su contenido cayó al suelo, consistía en un montón de papeles sueltos la mayoría con letras de canciones manuscritas por la tía. La primera letra, la que había quedado arriba de todas las demás decía:

*Como puedo dejarte ir, marcharte sin dejar rastro,
Cuando estoy aquí tomando cada respiración contigo.
Tú eres la única que realmente me conoció del todo.*

Como puedes alejarte de mí, y lo único que hago es verte ir,

*Cuando hemos compartido la risa y el dolor, y las lágrimas también.
Tú eres la única que realmente me conoció del todo.*

*Mírame a mí ahora, hay un espacio vacío dentro de mí,
Y no hay nada que me recuerde tan sólo un recuerdo de tu cara.
Mírame ahora, hay un espacio vacío aquí,
Y tu regreso a mí es contra todo pronóstico, y es lo que tengo que enfrentar...*

Y la letra seguía después del estribillo con la segunda estrofa..., puro romanticismo exagerado, bien de otra época, cómo los dramones que le gustaban a la tía. Pero allí estaba, no estaba el disco, pero estaba la letra. Contra todo pronóstico, o contra toda posibilidad; dos formas de interpretar la expresión inglesa, against all odds. ¿Sabría la persona que estaba poniendo música en el supermercado lo que quería decir la letra?

-¡Marta! ¿Y la banana?

-¡Ya voy, abuelo! ¡Que rompe bananas!

Contra todo pronóstico y contra toda posibilidad, Roberto se había adueñado de la caja registradora y del exquisito «loft» del ático, como lo llamaba Lixue, y eso le hacía sentir la autoestima explotándole a flor de piel. Y también era suyo todo el supermercado durante las noches..., y también ese espacio desconocido del cual había comprobado que ni siquiera el jefe sabía de su existencia. El tipo le habría alquilado el local a la mafia china sin tener ni idea de cómo o cuando había sido construido, menos aún sabía nada de ese espacio muerto entre su local y la casa del vecino. En un momento se había sentido tentado de mostrarle el pasadizo del ático al jefe, pero algo en su interior le había dicho que debía guardarse el secreto, quizás el secreto pudiera serle de utilidad en el futuro. Después de la noche del descubrimiento, hacía ya casi dos semanas, sólo en una oportunidad le había parecido oír música en el viejo teatro, pero el sonido era muy suave y cuando había apoyado la oreja en la tapia la música ya había cesado. Tampoco había vuelto a entrar allí, antes de eso quería hacer algunas averiguaciones. A la luz del día, el pánico que había sentido en el momento del fogonazo violeta le parecía ridículo y había llegado a la conclusión de que tenía que haberse debido a la luz de los faros de un auto que penetrando por algún agujero de la pared de la planta baja se habrían reflejado en alguna parte, en una ventana o quizás en un espejo.

De lo único que aún no había podido adueñarse era de Lixue, que más allá de esa oportunidad en que lo había visitado en su cuarto, le seguía siendo esquiva.

Durante el día ni lo miraba y cuando le había preguntado algo a propósito, ella le había respondido con un «no» a secas y con una mirada de desprecio. Contra todo pronóstico esperaba que ella volviera a mostrarse de nuevo cómo aquella tarde, y si eso sucedía entonces no dejaría pasar la oportunidad.

Para saber algo más de la historia del lugar antes de que existiera el supermercado, se le había ocurrido que lo mejor sería consultar a la gente más antigua del barrio.

Salió en la hora de la siesta tarareando la canción que había oído en el teatro la noche del descubrimiento, se le había pegado, y su mente la reproducía una y otra vez. Caminó por la calle Saenz Peña recorriendo el lateral del super y en la primera casa, a pesar de la fría y lluviosa tarde invernal, se encontró con un viejo sentado en el porche.

–Disculpe don, ¿usted es de acá?

–No miiijo, yo soy de Villa Ángela, del Chaco.

–Ahhh, y yo soy de Bolivia. Roberto, mucho gusto –dijo mientras extendía su mano.

El viejo la estrechó, mirándolo con desconfianza.

–Le quería preguntar si hace mucho tiempo que usted vive acá.

–Y..., cuarenta y pico de años.

–¿Y usted sabe que había acá al lado antes de que estuviera el supermercado?

–Claro. Cuernavaca.

–¿Cuerna qué?

–Cuernavaca, un baile. ¿Vuelve a abrir, no? ¿Vos sabés algo? –dijo el viejo mientras se le iluminaba rostro.

–Ehh, no. Yo trabajo acá en el super, soy el cajero.

El viejo se levantó con mucho esfuerzo de la silla, se apoyó en su andador y lo codeó.

–¿Y a las noches vuelve cuerna, no? –dijo–. Dale pibe, dame una entrada gratis. Yo anoche vi las chicas que hacían la cola, todas con esa ropa moderna, ajustada, con medias de nylon... uhhh...

Roberto vio que al viejo se le inyectaban los ojos en sangre y retrocedió un paso, era evidente que le patinaban algunos rulemanes.

–Ahhh sí, después le traigo una entradita –dijo intentando evadirse–. Ahora me tengo que ir a trabajar. Gracias, eh. Hasta luego.

El viejo no dijo nada y se quedó mirándolo. Roberto empezó a caminar, tratando de alejarse lo más rápido posible sin correr. Al llegar a la esquina no consiguió resistir la tentación de mirar atrás. El viejo seguía allí, con medio cuerpo asomando afuera del porche y con la lluvia cayéndole en la cabeza. Al darse cuenta que Roberto lo miraba, levantó su mano con el pulgar hacia arriba,

haciendo un gesto de complicidad y luego se metió para adentro. Roberto completó toda la vuelta manzana sin encontrarse con nadie más. De todas formas ya tenía la información que quería. Al entrar en el supermercado aún faltaban cuarenta y cinco minutos para abrir y decidió que era un buen momento para hacer un exploración en el teatro, esta vez de día y sin monstruos, ni cosas raras.

Subió hasta su «loft» y encaró el pasillo hasta el final. Intentó empujar la tapia de a poco pero esta no cedía. Terminó por darle un golpe seco que hizo que la tapia se desprendiera de golpe y cayera al suelo con un estruendo como la vez anterior, levantando una nueva nube de polvo. A pesar de ser de día, allí dentro estaba muy oscuro, aunque no tanto como por la noche. Se acercó a la ventana por la que entraban tenues hilos de luz e intentó desprender las maderas que la tapiaban. Su intento resultó infructuoso, las maderas estaban sujetas a la pared con grandes clavos y no le quedó más remedio que volver a bajar al supermercado a buscar una herramienta adecuada. Al volver con una tenaza no tuvo demasiados problemas para arrancar los clavos y eliminar las maderas.

La luz inundó el recinto como cuando Howard Carter abrió a la tumba de Tutankamón. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Varias butacas se conservaban intactas en los escalones intermedios de la grada. Bajó hasta ellas y pasó la mano por uno de los respaldos, mientras un tapizado rojo asomaba por debajo del polvo en los lugares por dónde pasaban sus dedos. A pesar de lo que había dicho el viejo acerca de que allí había habido un baile, mirando alrededor ya no tuvo más dudas de que ese lugar había sido un teatro o un cine, y de que la grada era el pullman, un primer piso en forma de balcón.

Oyó un ruido en lo alto de la grada que lo hizo asustarse y retroceder un paso. A punto estuvo de caerse escalones abajo. Cuando logró recuperar el equilibrio miró hacia arriba. Era Lixue, que lo miraba desde el pasillo superior con cara de asombro total.

–¿Te asusté? –preguntó.

–Nnnnnno, nnno, todo bien.

Lixue lanzó una carcajada.

–Casi te matás –dijo–. ¿Y todo esto qué es?

–Parece que era un cine.

–Es fantástico. ¿Y allá abajo que hay? –dijo Lixue y empezó a saltar los escalones hacia la baranda.

–No sé, estaba por ir a mirar. ¿Ya llegó tu viejo?

–No, vine sola. Mi viejo viene más tarde porque tiene que ir a ver a un proveedor.

Sería algún proveedor de whisky, pensó Roberto. Miró a Lixue y recordó lo de aprovechar la oportunidad.

–Que te parece si vamos a escuchar música a mi habitación –dijo.

Lixue saltó hasta el pasillo inferior y se asomó por la baranda del pullman inclinando el cuerpo hacia afuera en un ángulo demasiado riesgoso para el gusto de Roberto.

–¡Vamos a recorrer este lugar! –exclamó entusiasmada–. ¡Está buenísimo!

Roberto bajó hasta el final de la grada y la agarró por un brazo haciéndola volver hacia atrás.

–¡Cuidado! –dijo–. Hay mucha altura.

Ella se dio vuelta y lo miró sonriendo a pocos centímetros de su cara.

–¿Me cuidás?

–Sí. ¿Te gusta?

–Me encanta.

Roberto bajó la vista hacia su boca y sintió que la adrenalina le subía a la cabeza. Le rodeó la cintura con un brazo y se inclinó para besarla. Milímetros antes de que sus labios hicieran contacto ella giró la cara y le dio un beso en la mejilla, luego apartó un poco el rostro y lo abrazó.

–Hey, está todo bien –le dijo–. Pero mejor sin besos. ¿Sí?

Roberto se sentía mareado, y se quedó mirándola sumergido en esos ojos verdes que parecían querer atraparlo. Un momento después, volvió a bajar la vista hacia sus labios y ya no pudo contenerse. La atrapó entre sus brazos y la besó con todo el deseo acumulado desde el día que la había visto por primera vez. Contra todo pronóstico ella le respondió el beso con pasión durante lo que le pareció una eternidad, pero que no debió haber sido más de un minuto. Pasado ese tiempo Lixue se separó de golpe, escapando de su brazo y alejándose dos pasos.

–Ay, ay, ay –dijo–. ¿Sos fogoso, eh?

Roberto la miró en silencio y dio un paso hacia ella.

–No, no, Robert. –dijo Lixue sonriendo–. Quedate ahí. ¿Me vas a dejar ver que hay allí abajo? Si no me voy, ¿eh?

–Bueno dale –dijo Roberto no muy convencido– Es que sos irresistible.

–Bueno. Gracias por el piropo, pero vamos a mirar. ¿Dale?

Con la luz que entraba por la ventana descubierta, se llegaban a ver varios detalles. Justo debajo de ellos, y a pesar del polvo que lo cubría todo, se distinguía en el suelo un gran círculo pintado a cuadros de dos colores, aparentemente blanco y negro. Todo el círculo estaba rodeado por dos grandes escalones que parecían haber sido hechos para sentarse.

–Vamos a bajar –dijo Lixue.

–¿Por dónde? No se puede.

–No seas obtuso. Andá a buscar una escalera. La bajamos entre los dos y la apoyamos contra la baranda.

Roberto se quedó meditando el asunto.

–¡Dale! –dijo Lixue–. Antes de que venga mi viejo. ¿Qué esperarás?

Roberto no terminaba de decidirse. Entonces Lixue se le acercó al oído y le cantó una canción:

*One way or another, I'm gonna find ya'
I'm gonna get ya', get ya', get ya', get ya'*

Oír cantar a Lixue le produjo un escalofrío. Cuando cantaba era aún más sexy que de costumbre, sin embargo, también había algo morboso y a la vez familiar en su voz que Roberto no podía llegar a definir. No entendía casi nada de inglés, incluso le pareció que Lixue había cantado algunas partes del estribillo en chino, pero lo poco que entendió era que tenía que seguir un camino o el otro. Que tenía que decidirse.

Miró la hora. Aún quedaban veinte minutos para abrir el supermercado, aún había tiempo para explorar un poco más antes de que aparecieran el jefe y el resto de los empleados. Miró a Lixue que aún seguía cantando apoyada de espaldas en la baranda inclinando la cabeza hacia atrás.

–Ya vengo –le dijo.

Bajó corriendo hasta el depósito. La escalera era de aluminio, liviana pero muy larga y le resultó dificultoso maniobrarla para llevarla hasta la grada.

–Bien, bien –dijo Lixue al verlo aparecer con la escalera.

Entre los dos levantaron la escalera por sobre la baranda del pulman y la fueron bajando del otro lado hasta llegar a sostenerla sólo por el extremo superior, sin embargo aún no alcanzaba el suelo, le faltaba poco, pero no podían ver cuánto.

–Soltala –dijo Lixue.

–No. Se va a caer y fuimos.

–Soltala te digo. Va a quedar apoyada en la pared. No se va a caer. Vas a ver.

Roberto la miró resignado.

–Dale –insistió Lixue–. Ahora.

Ambos soltaron la escalera al mismo tiempo. Esta cayó solo veinte centímetros más y tocó el suelo quedando apoyada contra la pared exterior de la baranda del pulman, tal y como había pronosticado Lixue. Roberto estaba tratando de comprobar si había quedado bien afirmada cuando Lixue pasó por encima de la baranda, dejándose deslizar por el otro lado hasta apoyar los pies en el último

escalón. Luego soltó las manos y descendió, elástica como una araña, hasta desaparecer debajo de la grada.

–Eh, ¿a dónde vas? –la llamó Roberto.

–Vení... –llegó la voz de Lixue desde abajo–. Bajá y mirá lo que hay acá.

Se oyó el ruido de algo metálico golpeando contra el suelo. A Roberto no le quedó más remedio que bajar. No tenía vértigo, pero seguía sin estar seguro de que la escalera estuviera bien apoyada. Una vez en el suelo, miró debajo de la grada dónde se veían un montón de hierros retorcidos.

–Mirá esto –dijo Lixue saliendo de entre los hierros. Se acercaba haciendo rodar por el suelo una enorme bola de espejos de casi un metro de diámetro, de esas que se usaban en las discotecas antiguas.

Roberto observó la bola. Parecía estar intacta, con todos los espejitos en su lugar.

–Tenía razón el viejo –dijo.

–¿Qué viejo?

–El de la casa de al lado. Me dijo que este lugar había sido una disco. Cuernavaca dijo que se llamaba.

Lixue miró a su alrededor y Roberto la imitó. El círculo con piso a dos colores rodeado de asientos en el que estaban parados parecía sin duda una pista de baile. Lixue señaló al lugar de dónde había traído la bola de cristal.

–Allí hay más artefactos de iluminación tirados –dijo–. Tengo una idea...

–Le estoy empezando a temer a tus ideas.

–¿Qué te parece si limpiamos todo esto y traemos el equipo de música que está en tu habitación y...

–No sigas, ya sé a dónde querés llegar –la interrumpió Roberto.

–...y arreglamos algunos de estos artefactos de luces –continuó Lixue sin hacerle caso.

–Sí, y hacemos un boliche clandestino –dijo Roberto.

Lixue lo miró exultante, como si hubiera tenido la mejor idea del mundo.

–Sería genial ¿No? –dijo.

–Sí dale, es genial, pero ahora vamos arriba que debe estar por venir tu viejo. Si nos encuentra acá, a mí me va a rajar y a vos te va a poner en vereda.

–¿En vereda? ¿Qué es eso?

–Dale, no te hagas la que no sabés hablar y vamos.

Lixue lo miró divertida y por una vez le hizo caso. Subió la escalera y pasó del otro lado. Una vez arriba, Roberto estiró el brazo para alcanzar la escalera pero no lo logró, tendría que ir a buscar una soga o algo por el estilo para subirla, pero ya no había tiempo. La escalera se iba a quedar ahí por ahora. De todas formas

había varias escaleras en el depósito y era muy poco probable que el jefe notara su ausencia.

Se oyó el lejano timbre de la puerta del supermercado.

–Es alguno de los empleados –dijo Lixue–. Voy a abrirle. –Y se alejó dando ágiles saltos grada arriba hasta desaparecer de la vista.

Roberto se encargó de cerrar la tapia con cuidado y luego bajó con tranquilidad una vez más a su caja registradora. Esa tarde los clientes no paraban de pasar, sin embargo se las arreglaba para mirar de vez en cuando a Lixue, que cobraba en la caja de al lado. Esperaba alguna sonrisa de complicidad, pero ella volvía a ser la misma de antes; estaba seria y no lo miraba para nada. Le costaba creer que hacía pocos minutos había sentido esos labios en los suyos. Entonces observó con desdén a los otros empleados. Por primera vez en su vida se sintió superior a los demás.

Ahora tenía todo lo que quería.

Y empezó a tararear la canción que Lixue le había cantado:

*One way or another, I'm gonna find ya'
I'm gonna get ya', get ya', get ya', get ya'*

Después de cerrar el negocio tuvo que quedarse trabajando una hora extra en los ya tradicionales movimientos de mercadería de los viernes. Quedó físicamente exhausto y desfalleció en su mullida cama imaginándose a Lixue acostada a su lado.

Estaba en lo más profundo del sueño cuando una música ensordecedora volvió a despertarlo. Se levantó de un salto casi dormido, y como un autómatas tiró del cable del equipo de música con la intención de desenchufarlo, pero el cable retrocedió liviano en sus manos. No estaba enchufado a nada. Roberto terminó de despertarse de golpe y sus ojos se abrieron grandes como platos.

En el equipo de música no se veía ninguna lucecita encendida, estaba apagado.

Y sin embargo la música atronaba machacándole los oídos, pero no salía de los parlantes, venía de afuera de la habitación. Salió en calzoncillos y miró hacia el fondo del pasillo. La tapia estaba caída en el suelo y desde Cuernavaca subía una sugerente música disco mientras destellaban luces blancas y violetas.

Esto tenía que ser obra de Lixue.

Volvió a la habitación a ponerse un pantalón y luego caminó por el pasillo hasta salir a la grada. Bajó todos los escalones hasta apoyarse en la baranda del pulman y contempló el espectáculo. La bola de espejos estaba colgada del techo, girando a una altura de por lo menos seis metros, desparramaba la luz que un

reflector blanco le enviaba por todo el local. Resultaba obvio que para colgarla allí, Lixue tendría que haber recibido la ayuda de algún amigote. A lo lejos, en el fondo del local, en la pared que daba a la casa del viejo, dos reflectores de color violeta se encendían y se apagaban con alternancia. La música sonaba a un volumen alto pero no se veían por ninguna parte ni el equipo de música ni parlante alguno. Tampoco se la veía a Lixue por ningún lado. El tema musical terminó y esta vez no volvió a repetirse, sino que arrancó un tema diferente, también de los años setenta. Parecía que esta vez el disc jockey estaba más despierto, por lo menos no repetía siempre lo mismo. Le vino a la mente la imagen de un tipo alto y rubio en una reluciente cabina de metal cromado pinchando sus discos de 33 rpm. Pero... ¿Qué disc jockey? Allí no había nadie, ya estaba empezando a pensar boludeces. Se inclinó sobre la baranda con la intención de bajar por la escalera que habían dejado esa tarde, tenía que bajar de la grada y buscar a Lixue que estaría escondida allí abajo. Pero la escalera no estaba, alguien se la había llevado. Intentó llamar a Lixue a los gritos, pero el sonido era tan potente que casi ni se oía su propia voz. Esperó un rato. El tema musical terminó, y enganchado a ese empezó un tercero sin que hubiera un silencio entre los temas que le permitiera llamar a Lixue. Así ocurrió cuando se pasó del tercer tema al cuarto y del cuarto al quinto. Al empezar el quinto tema sintió como que en alguna parte de su cerebro se encendía una señal de alarma: Había algo familiar en ese tema que no sabía que era pero que le estaba haciendo poner la piel de gallina. Al llegar el estribillo lo descubrió.

*One way or another, I'm gonna find ya'
I'm gonna get ya', get ya', get ya', get ya'*

Era el mismo tema que Lixue le había susurrado al oído esa misma tarde y la artista original lo cantaba idéntico a como lo hacía ella. Esta coincidencia demostraba que era Lixue la responsable de poner la música. Empezó a sentirse atemorizado aunque sabía que no tenía motivo. Casi sin darse cuenta sus piernas se pusieron en tensión y subieron un par de escalones, preparándose para huir. La canción terminó y esta vez no comenzó ninguna otra. Ahora sólo oía el silbido típico de cuando se abusa del volumen en los oídos. Intentó volver a llamar a Lixue pero de su garganta sólo brotó un sonido ininteligible. Se aclaró la voz.

–¡Lixue! –llamó–. ¿Sos vos?

Pasó otro minuto.

–La broma ya no causa gracia –le dijo a la bola de espejos que seguía lanzándole sus blancos destellos.

Un par de minutos después, las luces que habían continuado funcionando en silencio hasta ese momento, se apagaron. Se quedó por completo a oscuras sintiendo como el pánico le subía de nivel a cada instante. Cuando la vista se le acostumbrando a la oscuridad, empezó a distinguir los escalones de la grada gracias a la ínfima luz que se filtraba desde la calle por la ventanita de la parte alta. Al poder ver dónde pisaba, huyó sin pensarlo más y colocó la tapia en su sitio de un golpe. Si Lixue estaba allí dentro que se fuera a la mierda, ya tendría que golpearle la tapia si quería salir.

Encendió las luces del pasillo y se quedó esperando. ¿Y si ella conocía una entrada desde la calle? Claro, era eso, que estúpido había sido. Seguro que había una entrada desde la calle. Y todo esto era obra de ella que ya conocía el lugar de antemano. Cómo no iba a conocerlo si hacía años que estaban allí. Y seguro que su padre también lo conocía. Se había hecho la tonta, disimulando no saber nada: «mirá lo que encontré» decía. Estúpida. Y ahora se estaría cagando de risa de él con el cómplice que le había ayudado a colgar la bola de cristal en el techo. Sería su novio, o incluso su padre.

Bueno, por lo menos la había besado y eso no se lo sacaba nadie. Además se le estaba ocurriendo una idea: Ya que estaba en el baile, podía seguirle la corriente con su jueguito de la discoteca. Je, je, ahora era él quién iba a fingir no saber nada, y en una de esas se le presentaba otra oportunidad y le metía mano de nuevo.

Volvió a acostarse y durmió profundamente hasta el amanecer.

Sofía se sentó en su cama y escuchó.

Esta vez el volumen era alto de verdad.

Al entrar en la cocina vio reflejos de luces que entraban por la ventana. Se apoyó en la mesa para acercarse y ver mejor. Luces blancas y violetas salían por el extractor del supermercado, y producían curiosos efectos lumínicos por todo el patio. De verdad alguien se estaba armando una buena fiesta allí dentro. No recordaba el nombre de la canción, ni su autor, pero era muy conocida y ya la había oído antes. El tema terminó, y cuando esperaba que comenzara la misma canción de nuevo como los viernes anteriores, empezó una canción diferente, con un comienzo bien rockero, con batería y guitarra eléctrica. Y esta sí sabía cuál era: Sultans of swing, de Dire Straits. La potencia del sonido era importante al punto de que la ventana tintineaba y se podía notar con claridad la vibración de la mesa en la que estaba apoyada. Si eso continuaba así se iba a despertar a todo el vecindario. Dire Straits dio paso a The Police que interpretó Every breath you

take, y cuando este terminó, le siguió Laura Branigan que con su tema «Autocontrol» decía:

*En la noche, no hay control
Algo está traspasando las paredes, vestida de blanco,
mientras caminas calle abajo en mi alma*

*Otra noche, otro día que se pasa
Y nunca dejo de preguntarme por qué ayudaste a que olvidara mi papel
Te has llevado mi auto control*

*Vivo entre las criaturas de la noche
No tengo la voluntad de intentar y luchar contra un nuevo mañana
Por eso sólo creeré que el mañana nunca viene.*

Algo le tocó la espalda y no pudo evitar lanzar un grito.

Se dio vuelta asustada, intentando zafarse de la mano que sentía en su hombro.

–¡No grites mijaj ¡Soy yo! –dijo el abuelo en la penumbra de la cocina con el rostro apenas iluminado por el resplandor violeta que salía del extractor del supermercado.

Sofía observó que el abuelo había caminado sin el andador del que dependía desde hacía ya un par de años.

–¿Por qué te levantaste abuelo? –Dijo y lo tomó del brazo–. Te podés caer.

–Dale mijaj, llevame.

Sofía tiró del brazo del viejo y empezó a hacerlo girar para volver a la cama.

–¡No, para allá no! –se quejó el abuelo.

–¿Y a dónde querés que te lleve a esta hora?

El viejo levantó un dedo temblequeante hacia el hueco del extractor del supermercado.

–Allí –dijo.

–Vamos a dormir, haceme el favor.

Sofía empezó a empujarlo, pero el viejo no se movía.

–La Marta está allí, tengo que encontrarme con ella.

Sofía entendió que por las malas no conseguiría nada.

–Ah, bueno –dijo–. Mañana te llevo, porque hoy el baile está por terminar.

El viejo no parecía convencido y seguía tieso, mirándola. Entonces Laura Branigan dejó la pista a Blondie que arrancó con uno de sus temas más punkies.

*One way or another, I'm gonna find ya'
I'm gonna get ya', get ya', get ya', get ya'*

El tema sonaba raro, como distorsionado, pero no era la típica distorsión de parlante saturado, era algo más rebuscado, como si la voz de Blondie se alejara cada vez más pero sin disminuir el volumen. El efecto fue aumentando progresivamente hasta que el tema terminó, y esta vez no empezó ningún otro. Las luces continuaron funcionando el silencio, lo que hacía parecer su efecto aún más fantasmagórico. Luego de un minuto o dos se apagaron de golpe, como si alguien de pronto hubiera cortado la luz.

Estaban a oscuras por completo y podía oír la respiración gangosa del abuelo parado frente a ella.

–Tenías razón –dijo el abuelo–. El baile terminó, pero mañana no me lo pierdo.

Sofía encendió las luces y llevó al abuelo hasta su habitación. Luego fue hasta la suya y se acostó, pero no lograba dormirse, le seguían reverberando en la cabeza las guitarras de Mark Knopfler y Andy Summers. Después de un rato de dar vueltas en la cama, se levantó y encendió la computadora. Intentó buscar la primera canción del concierto de hoy, esa de la que no recordaba nombre ni autor, «More than this» decía en el estribillo. La encontró casi de inmediato: Roxy Music. Claro, como olvidarlo. La tía Martha lo tenía grabado en un cassette que le había dado un amigo disc jockey, ya que por alguna cuestión inentendible, Roxy music no estaba editado en Argentina principios de los ochenta. Justo en esa época parecía haberse quedado clavado el individuo que se estaba armando el boliche en el supermercado, porque todos los temas que había puesto oscilaban entre 1978 y hasta 1984 como mucho. ¿Quién sería? ¿El dueño? Por la edad era posible. ¿Pero escucharían esa música en China? Parecía que sí. La hija no podía ser porque era demasiado joven para escuchar eso. Bueno, aunque ella era algo más joven aún y sin embargo le gustaba, gracias a la tía Marta, por supuesto. Por como hacía vibrar la casa, el tipo tenía que haberse comprado un equipo de música tremendo, profesional. Aunque si seguía así no iba a durar mucho, los viejos del barrio pondrían el grito en el cielo.

Al notar que el sueño volvía fue al baño, pero antes pasó por la ventana de la cocina y miró hacia el extractor del supermercado. Estaba oscuro y en silencio.

Roberto estaba fastidiado. Era consciente de que lo tenía todo: buen sueldo, un departamento magnífico, libertad para hacer lo que quisiera, y sin embargo no se sentía bien. No podía sacarse a la dichosa Lixue de la cabeza. Desde la semana pasada la pendeja ni lo miraba, y eso le daba una bronca tremenda, y más aún

porque sus encuentros ocasionales se habían producido sólo cuando ella quería. Todos los mediodías la había esperado ansioso en su habitación pero la princesa no se había dignado a aparecer. Le molestaba mucho no tener el control y estar a merced de su capricho, porque seguía gustándole, y mucho. Además, todas las noches cuando cerraban, venía a buscarla el odioso novio y se besaban a propósito delante de él, con la obvia intención de hacerlo rabiar. Empezaba a sentir que la ira lo desbordaba y se estaba conteniendo a duras penas para no perder el control. Tenía que encontrar alguna forma de sacársela de la cabeza, aunque le parecía que sería imposible si no la escarmentaba antes por lo que le estaba haciendo. Tenía que vengarse de esa turra de alguna manera.

Ese viernes tenía pensado salir. Hacía tres semanas, desde el día en que se había quedado a vivir allí, que no había salido del supermercado más que para ir a la farmacia o para dar esa vuelta manzana en la que se había encontrado con el viejo. Y por más que el jefe le había dicho que no saliera de noche, tampoco pensaba vivir encerrado.

Por la noche, cuando todos ya se habían ido, fue hasta la góndola de los vinos y eligió un champagne sin preocuparse de pasarlo por la caja. Se preparó una pizza con longaniza y mucha mozzarella, y comió hasta que no pudo más sin escatimarle a la botella. Luego exploró su escaso guarda ropas rescatando las mejores pilchas que tenía. Se encontró con sus amigos en un pub, pero después de un par de horas el asunto se puso tedioso. Para rematar la mala noche vio a una chica de rasgos orientales que le hizo recordar a Lixue. El mal humor se apoderó de él sin remedio, y decidió regresar a dormir aunque aún no eran ni las tres de la mañana.

Estaba llegando cuando desde la vereda de enfrente vio a una figura encorvada contra el cristal de la puerta del supermercado. Daba toda la impresión de ser un ladrón tratando de birlar la cerradura. Se tanteó los bolsillos en un acto reflejo de buscar algún elemento con que golpearlo, pero no llevaba nada. Pensó en pegarle con una piedra y miró a su alrededor buscando alguna. ¿O mejor llamaba a la policía? El jefe le había dicho que lo llamara primero a él. Que se fuera a la mierda. Sacó el celular del bolsillo y marcó el novecientos once.

–¡Robert! –lo llamó una voz femenina.

Levantó la vista. La figura en la puerta se había erguido. Estaba envuelta en un tapado negro y sus cabellos ondeaban en la helada brisa nocturna. Era Lixue.

Corrió hacia ella y la abrazó.

–Por fin viniste –le dijo.

–Sí, hace rato que te estoy esperando. No me anda la llave, y hace un frío...

–Estás temblando. Entremos.

Roberto sacó la llave y se le cayó al suelo. Él también estaba temblando, en parte por el frío pero más aún por los nervios. En el segundo intento logró girar la cerradura. Tomó la mano de su chica y la llevó escaleras arriba sintiendo como el corazón le latía cada vez más rápido. Al llegar al nivel del depósito ella lo detuvo.

–Esperá un momento –le dijo–.

Ahora fue Lixue quién lo guió a él hacia el fondo del depósito, hasta dónde estaban las cajas con las bebidas clandestinas. Al llegar junto a ellas sacó una caja del último estante, la abrió y sacó una botella de Chivas Regal.

–Para sacarnos el frío –dijo.

Lixue llevó la botella en una mano y a Roberto en la otra. Una vez en la cocina abrió la botella, y le dio un trago largo, chorreándose los labios, luego le pasó la botella a Roberto.

Mientras sentía como la bebida le calentaba la garganta, Roberto vio como Lixue retrocedía dos pasos y se sacaba el tapado, dejando a la vista un vestido blanco ajustado al cuerpo en la parte superior y casi transparente en la inferior. Roberto dejó la botella sobre la mesada y se sacó la campera dejándola caer al suelo. Acortó la distancia que los separaba y besó a Lixue apoyando las manos en la parte de atrás de sus piernas sin medias y comenzando a subirlas de a poco hasta llegar a sus nalgas.

Lixue lo abrazó y lo apretó contra su cuerpo.

–Quiero que me hagas el amor –dijo–. Pero quiero allí. –y se separó de Roberto empujándolo con suavidad.

Roberto la miró con la cara algo dislocada por el alcohol, sin entender demasiado. Vio a Lixue parada frente a él señalándole hacia el final del pasillo, hacia Cuernavaca, y se temió que la cosa podía ir mal.

–¿No será otra de tus bromas? –dijo.

–No, ¿qué broma?

–La de la música y las luces, como el otro día.

–Sólo llevame ahí que está más calentito, tengo una sorpresa para vos, pero no es ninguna broma, te lo prometo.

Ella lo besó y volvió a separarse para mirarlo.

–¿Vamos? –insistió.

Con cierta reserva, Roberto caminó hasta el final del pasillo y empujó la tapia. Esta vez estaba oscuro allí dentro, y hacía calor. Tomó de la mano a Lixue y la llevó escalones abajo hasta llegar a la parte más baja. Al apoyarse en la baranda comenzaron a encenderse las luces: Primero las violetas del fondo, luego unos reflectores rojos en los laterales, después pequeñas lucecitas azules de distintos tonos en el piso de la pista de baile y por último, unos láseres verdes que desde el

techo empezaron a barrer el espacio. Para completar la escena se encendieron los reflectores blancos que apuntaban a la gran bola de espejos que comenzó a girar en el centro de todo.

Roberto miró incrédulo. Era fenomenal el trabajo que habían hecho allí.

Lixue se apoyó detrás de él rodeándole la cintura con los brazos. Podía sentir sus pechos en la espalda.

–Ya no te aflijas –le dijo al oído–. Todo esto es para nosotros dos. Y yo soy para vos. Disfrutemos.

Y comenzó a sonar la música.

Sofía ya casi se lo esperaba. Las noches de los viernes habían sido el apogeo de Cuernavaca en sus mejores épocas, y ahora su música parecía regresar en esos mismos días. Durante la noche del viernes para el sábado 11 de agosto, aguardó despierta y con cierta impaciencia a que llegaran las tres y media de la mañana. Abrió un libro y leyó un cuento de Stephen King; «A veces vuelven», se titulaba. Antes de la hora señalada el sueño la venció, y se quedó dormida. Poco después la despertó la vibración de su propia cama y el tintineo de la ventana. Se sentó en la cama y escuchó con atención. Hoy el show empezaba con el clásico de Eurhythmics, Sweet Dreams. Esta vez optó por salir directamente al patio y lo que vio la dejó asombrada: Del hueco del extractor brotaban luces de todos los colores. Ya no cabía duda de que allí dentro se estaban armando un boliche a todo trapo. Se quedó un momento hipnotizada observando las luces hasta que recordó que el abuelo también estaría oyendo la música. Corrió a atajarlo antes de que se levantara con el riesgo de caída que eso suponía. Entró en la habitación del abuelo y encendió la luz.

La cama estaba vacía.

En el baño tampoco había nadie. Al pasar por el comedor vio la puerta de calle entreabierta. Corrió hacia la puerta y salió a la vereda justo a tiempo para ver al abuelo dando la vuelta a la esquina. Por inercia comenzó a correr hacia la esquina, pero una ráfaga de viento le desabrochó el camión haciéndole recordar que estaba en ropa interior, y además descalza. Estaba a punto de regresar a cambiarse cuando vio algo que la llamó la atención.

Había mucha gente en la calle.

Un grupo de chicas, que venían caminando por la vereda de enfrente más allá de la avenida, cruzaron y se dirigieron a la puerta del supermercado, aparentemente entrando por ella. No podía estar segura porque la puerta estaba en la ochava, y no podía verla desde su ubicación. Luego alguien pasó al lado de ella.

–Hola Sofi –le dijo.

Era el vecino de la otra cuadra que pasó vestido de traje, dio la vuelta a la esquina y desapareció. Había más gente acercándose, todos en dirección al supermercado. Un auto antiguo, de color naranja con dos rayas negras y las letras «RT» pintadas en la cola, frenó en la esquina y bajaron tres chicas vestidas a la moda de los años setenta. Después de dejar a las chicas, el conductor aceleró con violencia haciendo patinar las gomas y se lanzó a toda velocidad por la avenida. ¿Podría ser que de verdad hubiera una fiesta en el supermercado? Hoy mismo había ido a comprar la carne y las verduras, y no había visto ningún tipo de preparativo.

Dos chicos que parecían ir también hacia la fiesta o lo que fuera, cambiaron de dirección y ahora se dirigían hacia ella a paso vivo. No parecían tener buenas intenciones. Sofía retrocedió algunos pasos sin dejar de observarlos pero ellos empezaron a correr. Sin pensarlo más, se dio vuelta y corrió hasta su casa. Cerró la puerta dando un golpe y deslizó el pasador. Se quedó un momento espiando por la mirilla pero nadie pasó por la puerta. No podía quedarse allí, tenía que volver a salir e ir a buscar al abuelo, como sea, en caso contrario su madre iba a matarla. Fue hasta su habitación y comenzó a vestirse a toda velocidad. Por último se puso las zapatillas atándose los cordones de cualquier manera, lo más rápido posible. Al volver a salir a la calle no vio rastro de los dos chicos que la habían perseguido, pero seguía llegando más gente de todas las direcciones. Caminó con precaución, mirando hacia todos lados hasta llegar a la esquina. Como se temía, la puerta del supermercado estaba abierta de par en par, aunque adentro no se veían las luces que sí se observaban por el extractor. Un hombre con rasgos orientales vestido de traje, que no era el dueño del supermercado, estaba apoyado en un mostrador dos pasos más adentro.

–¿Tenés tarjeta? –dijo.

–¿Qué? –Dijo Sofía desconcertada y un poco asustada–. Soy la vecina de la casa de al lado. Mi abuelo se escapó y creo que entró acá.

–Ahh, sí, sí. Lo vi. Pasá, está adentro. Pero la próxima vez vení mejor vestida –le dijo apartándose para dejarla pasar.

Todas las luces del supermercado estaban apagadas con excepción de una luz de emergencia junto a la puerta y otra junto a la escalera que subía al primer piso. Una pareja de cuarentones pasó junto a ella y empezaron a subir la escalera. Siguió a la pareja escaleras arriba observando que el tipo de la puerta tenía razón, todas las personas que había visto estaban vestidas de gala y ella era la única en jeans y zapatillas. En el primer piso se encontró con otra luz de emergencia y la escalera caracol que continuaba hacia arriba. La pareja siguió por la escalera y ella continuó pegada tras ellos. Desde allí empezó a oírse la música de nuevo,

que extrañamente no se oía desde la calle, ni desde la planta baja. Ahora sonaba Kiss y decía:

Y was made for loving you baby...

Al llegar al segundo piso giraron a la izquierda por un pasillo. Al final del pasillo había una abertura y más allá se veía el resplandor de las luces. Al atravesar la abertura lo que vio la dejó anonadada y extasiada, inmóvil y con la boca abierta.

Cuernavaca vivía.

Y vivía en todo su esplendor, aunque parecía ser sólo un trozo de ella. Estaban en una especie de franja de siete, o como mucho ocho metros de ancho, entre el supermercado y la casa contigua hacia el lado de la avenida. El lugar, a pesar de ser angosto, era muy largo y ocupaba toda la longitud del supermercado. A pesar de las luces y el humo, Sofía podía ver en el extremo opuesto, el extractor que daba al patio de su propia casa. Ahora se encontraba en lo alto del pulman del antiguo cine, ese que la tía Marta le había contado que funcionaba allí antes de Cuernavaca. El pulman y todo el resto de las estructuras se interrumpían de forma brusca en la pared sin revocar que daba al supermercado. Cuernavaca estaba viva, pero mutilada.

Sofía bajó los escalones del pulman hasta llegar a la parte inferior y se apoyó en la baranda. Estaba ante una mega fiesta en toda regla. No habían escatimado en nada, ni en el sonido, ni en las luces, ni en la decoración. El sonido era nítido y de una potencia deslumbrante. La iluminación estaba ambientada al estilo de los años setenta, pero reforzada con elementos más modernos como unos aparatos de láser que colgaban del techo. Y el resto era espectacular, con abundancia de metal cromado y espejos, muy al estilo de la época, todo coronado por una inmensa bola de cristal que con sus destellos hacía parecer que la redonda pista de baile giraba sobre sí misma. La cabina del disc jockey colgaba de un lateral, aunque desde el ángulo en que Sofía observaba, parecía estar flotando en el aire. La cabina era abierta y desde allí el DJ arengaba a la gente a bailar con más energía. Y los invitados no desentonaban, para nada: Los hombres lucían trajes y zapatos relucientes, y en algunos casos camisas plateadas y hasta corbatas multicolores. Algunas de las chicas estaban vestidas como para la alfombra roja de Hollywood, mientras otras, bastante más atrevidas, se habían sacado los vestidos y bailaban en ropa interior en medio de la pista alentadas por la multitud.

Alguien le tocó la mano y Sofía la retiró instintivamente. Levantó la vista y frente a ella se encontró con un chico morocho, alto y musculoso, que llevaba una camisa blanca y ajustada que remarcaba sus músculos pectorales.

–¿Bailás? –le dijo acercándose a su oído.

Su mano empezó a levantarse automáticamente hacia la del chico, pero en el último instante, antes de que él pudiera volver a tomarla, hizo un esfuerzo mental por vencer la tentación y la bajó.

–No, más tarde –contestó.

El chico se alejó y bajó del pulman a la pista de baile por una escalera móvil del tipo de las que se usan para los aviones que estaba colocada en uno de los laterales.

Sofía intentó concentrarse a pesar de que sentía un deseo inexplicable por bajar a la pista y ponerse a bailar. Aguzó la vista intentando descubrir al abuelo entre el gentío, que al igual que ella misma, tendría que desentonar vestido en pijama y pantuflas. Justo debajo de la cabina del DJ, vio a la hija del dueño, que bailaba provocativa delante del cajero del supermercado, que la miraba extasiado. El pobre individuo intentaba copiar los movimientos sensuales de su pareja, pero era de madera y se lo veía francamente ridículo, además debía de ser el peor vestido de la fiesta. En ese momento empezó otro tema, le tocó el turno a Cindy Lauper y su *Girls just a want to have fun*. Entonces se fue abriendo un círculo en medio de la pista y por uno de los laterales apareció el abuelo. Cuatro tipos fornidos lo traían en andas mientras el resto de los invitados lo vitoreaban. Segundos después, por la misma puerta lateral, que evidentemente comunicaba con el supermercado, fueron entrando una a una, diez chicas vestidas con calzas, remeras ajustadas y botas, todas de blanco, algunas con antifaces y otras con capuchas también blancas. Formaron un círculo alrededor del abuelo y de los tipos que lo sostenían, y empezaron a bailar con Cindy Lauper. El viejo levantaba los brazos intentando sin éxito moverlos al compás de la música, mientras retorció el pescuezo para no perderse a ninguna de las chicas que lo rodeaban. Lo que faltaba. El abuelo era una especie de invitado de honor de esa fiesta que se estaba dislocando, y que cada vez más parecía un nido de locos. Tenía que sacarlo de allí como sea y volver a casa, aunque había que reconocer que el viejo lo estaba pasando de película.

Comenzó a bajar por la escalera de avión. Al llegar a la mitad, la música cambió y empezó a sonar un tema que ya había oído en una de las primeras oportunidades por el extractor. Era el lento de Phill Collins, *Against all odds*, que parecía anticipar el momento romántico de la noche. Una notoria exclamación y el griterío de la multitud la hizo detenerse y mirar de nuevo hacia la pista. Allí abajo todo el mundo miraba hacia arriba señalando hacia la inmensa bola de

espejos. Al seguir las miradas del público, se encontró con que arriba de la bola había una mujer que hacía movimientos como si fuera una equilibrista. También estaba vestida de blanco, en este caso de largo, lo que debería haberle dificultado las proezas que estaba llevando a cabo. Sin embargo se movía con fluidez, como si estuviera nadando en el aire. Phill Colins volvía a decir:

*Mírame a mí ahora, hay un espacio vacío dentro de mí,
Y no hay nada que me recuerde, tan sólo un recuerdo de tu cara
Mírame ahora, hay un espacio vacío aquí,
Y tu regreso a mí, es contra todo pronóstico, y es lo que tengo que enfrentar...*

Tuvo la impresión que era la misma Cuernavaca, si es que un lugar físico podía tener consciencia de eso, la que recibía de nuevo a la mujer de la esfera, a su hija predilecta, a su hija pródiga. La bola continuó girando y en un momento la cara de la mujer quedó frente a frente con Sofía.

Al ver ese rostro, no pudo evitar lanzar un grito de terror que nadie oyó debido a que todos gritaban. No podía ser, pero era.

Era la tía Marta.

Aunque de aspecto mucho más joven que cómo Sofía la recordaba, la tía Marta o quién fuera la mujer de la bola de cristal, comenzó a descender con suavidad hacia la pista, en apariencia colgada de un cable. Por la fluidez con que lo hacía, daba la impresión de bajar volando, y más aún porque abría los brazos que simulaban ser alas entre los pliegues del vestido. Sofía siguió su trayectoria en el aire y no tardó en darse cuenta de que iba directo hacia el abuelo, que ahora había sido abandonado por sus custodios, y se había quedado parado solo en el medio de la pista mientras el resto de la gente retrocedía. Miraba hacia la tía Marta con cara de auténtico pánico y temblaba como una hoja, pero a pesar de todo permanecía de pie como si una mano invisible lo sostuviera.

La tía Marta descendió hasta llegar a un metro de él, y manteniéndose aún en el aire, movió un brazo con brusquedad y la música se detuvo. Muchas mujeres gritaban pero no por miedo, pensaban que todo era parte del show y gritaban de placer, alentando a que siga la fiesta. La tía Marta habló y su voz salió por los parlantes a pesar de que no tenía ningún micrófono a la vista, detalle que tampoco nadie pareció notar en medio de la euforia reinante.

–¿Esto es lo que siempre quisiste verdad? –dijo la dama de blanco señalando al pobre viejo con un dedo acusador.

El abuelo parecía a punto de desmayarse, mientras la gente reía a carcajadas como si la espectral Marta hubiera contado un chiste.

–Mientras nosotros pasábamos frío, vos estabas de fiesta –continuó ella.

Se hizo un silencio repentino entre los asistentes.

–Entonces fiesta tendrás.

Estas últimas palabras de la tía quedaron resonando con infinitos ecos, como si el DJ le hubiera puesto un efecto de delay a la voz, aunque en realidad parecía más como una voz que se alejaba en la distancia pero sin disminuir su volumen.

La música retornó con más potencia que nunca y por primera vez la canción no era de otra época: Lady Ga Ga, Bad romance. Este cambio radical de tono musical le pareció a Sofía de muy mal augurio, desentonaba por completo, como si todo estuviera por irse a la mierda de una vez. Terminó de bajar la escalera e intentó avanzar hacia el lugar en donde estaba el abuelo, pero le resultó muy difícil. La gente bailaba haciendo movimientos exagerados, totalmente descerebrados y la golpeaban al pasar. También notó que algunas manos aprovechaban la confusión para explorar algunas partes de su cuerpo. Empujó con más fuerza pero no logró avanzar demasiado. Poco a poco comenzó a sentir como la música la envolvía a ella también, llevándola hacia un lugar desconocido de su mente en donde nada importaba demasiado salvo bailar. Intentó imponer su voluntad pero su cuerpo comenzó a relajarse y a moverse de acuerdo a las vibraciones del sonido. La marea humana la llevó cerca del círculo que aún formaban las chicas de blanco alrededor del abuelo. Con un nuevo esfuerzo de la parte de la conciencia que aún continuaba funcionándole, intentó pasar entre ellas, pero unos brazos firmes se lo impidieron. El viejo estaba sentado en el suelo sin la camisa, mirando hacia todos lados con la mirada perdida, pero con un detalle de lujuria en el iris que a Sofía le revolvió el estómago. Las chicas comenzaron a acercarse a él con las bocas abiertas mientras Lady Gaga decía:

*Quiero tu drama, quiero tu enfermedad,
Quiero tu todo, que siempre fue gratis.
I want your love, oh oh oh, I want your love.*

Eran auténtica vampiras, y estaban a punto de comérselo vivo mientras el estúpido viejo las miraba como si fueran colegialas. Sofía volvió a intentar pasar entre ellas a las patadas, pero recibió un fuerte golpe en la cara y cayó hacia atrás, quedando sentada en el suelo.

Algo empezó a cambiar. Las chicas se quedaron inmóviles mientras de sus bocas empezaba a salir una sustancia viscosa y transparente que les fue cubriendo todo el cuerpo y que parecía cristalizarse sobre su piel. Luego de cubiertos sus cuerpos, sus bocas continuaron vomitando el líquido, que comenzó a formar esferas de cristal del tamaño de una mano que quedaban suspendidas en el aire. Algunas de las esferas se movieron hacia el viejo, y al tocarlo lo

hicieron retorcerse y gritar como un marrano. Su piel empezó a chamuscarse en el lugar en que hacía contacto con las esferas. Sofía se levantó en un nuevo intento de avanzar entre las mujeres cristalizadas, evitando el contacto con las esferas que se movían alrededor del viejo. Una de las vampiras se volvió hacia ella y le dijo algo que no logró oír, pero que en el movimiento de sus labios pareció decir: «es nuestro».

Empezó a percibir que la gente se giraba para mirar hacia el pulman. Allí arriba sólo había una pareja besándose, la de la hija del dueño con el cajero del supermercado. Él la abrazaba mientras ella levantaba los brazos llevando algo parecido a una antorcha encendida en cada mano. Bailaban con Lady Ga Ga mientras no dejaban de besarse:

Quiero tu cariño y quiero tu venganza

Who, oh oh oh oh

Atrapado en un mal romance

De verdad que lo del cajero con la dueña parecía un mal romance.

Sofía percibió el desastre poco antes de que sucediera y corrió con desesperación hacia la salida, pero le fue imposible llegar. Buscó la puerta lateral, esa que daba al supermercado, por dónde habían entrado las vampiras de blanco, pero no encontró ninguna puerta. Al mirar hacia arriba vio que la salida por el pulman ya estaba bloqueada por el fuego.

Un momento antes, la chica de las antorchas había rozado su propio pelo con una de ellas. La cabeza se le encendió como si fuera un fósforo cubierto de alcohol y quizás lo estaba. El cajero intentó apagarle el fuego con las manos pero lo único que logró fue quemarse él mismo y llevar el fuego a las butacas. De allí el fuego pasó al techo que empezó a derretirse y caer. A partir de entonces todo fue humo y confusión, la música se apagó y comenzó el infierno.

La gente corría hacia cualquier parte, pisoteándose unos a otros. Muchos intentaban trepar por la escalera de avión hacia el pulman, quizás porque por allí habían entrado, pero en ese lugar las lenguas de fuego eran implacables y devoraban a todo el que osaba penetrar en ellas. Trozos plásticos de techo caían sobre los bailarines y los embadurnaban de un petróleo letal que les derretía la piel. La esfera de cristal cayó reventando contra la pista de baile, lanzando esquirlas de vidrio que se clavaron en quienes estaban alrededor. El resto de las luces parpadearon para luego apagarse definitivamente.

Sofía reptó pegada al suelo hasta el rincón más alejado, el que daba a su casa y miró hacia arriba. El extractor estaba a cinco metros de altura y era por completo imposible alcanzarlo. Se acurrucó en el suelo debajo de unas sillas, tratando de

aspirar el poco oxígeno que quedaba. Lentamente, fue sintiendo como la conciencia se le escapaba, cada vez más y más lejos...

Mirtha llegaba a su casa de trabajar, y al bajar del colectivo vio los bomberos, la policía y el humo. Caminó por la avenida 12 de Octubre en medio de mangueras, escombros y objetos desparramados de todo tipo. Al acercarse al supermercado los bomberos no la dejaron pasar más allá y tuvo que dar la vuelta a la manzana para llegar a su casa. Cuando giró en la última de las esquinas descubrió con pavor que su propia casa también había sido pasto de las llamas. Sus restos derruidos humeaban como un carbón usado.

Se sintió desfallecer, pero no podía permitírselo, estaba Sofía.

Mil imágenes le pasaron por la mente en pocos segundos. Sofía era una chica ágil que hacía deporte, tenía que haber podido salir antes de que la alcanzara el fuego. Pero, ¿y si el humo la había encontrado dormida? Empezó a mirar para todos lados, buscándola. Entonces vio a un vecino y se acercó para preguntarle. El tipo la miró y negó con la cabeza. No podía ser que Sofía hubiera muerto. ¿Y el viejo, su padre? Merecía morir en el fuego sin duda, sobre todo por haber vuelto loca a su hermana más chica hasta conseguir matarla, pero Sofía no, Sofía no, por favor, por favor...

Sofía movió las manos y sintió el pasto húmedo debajo de ella. Se incorporó con el cuerpo dolorido y miró alrededor. Estaba en un patio, pero no en el suyo, sin embargo aún olía a humo. Su ropa estaba mugrienta, pisoteada y ennegrecida. Era la ropa la que olía mal. Primero se arrodilló y luego se paró tambaleante. Le dolía todo el cuerpo en especial las piernas y los brazos. Caminó con lentitud hasta entrar a la desconocida casa. Se encontró en una cocina parecida a la suya, llamó, pero no recibió respuesta. ¿Estaría en otro mundo, en otra dimensión? Buscó la puerta de calle que resultó estar abierta y al salir se dio cuenta de que estaba en la misma cuadra de su casa, pero cincuenta metros más allá, casi en la siguiente esquina. Estaba en el mundo real, los bomberos iban y venían. El incendio de Cuernavaca había sido real a pesar de los recuerdos fantásticos y diabólicos que aún le acosaban la mente.

Vio su propia casa consumida por las llamas y temió por su madre, pero un instante después la vio y a pesar de los dolores, corrió hacia ella.

Mirtha vio venir corriendo Sofía y abrió los brazos dando un grito triunfal para recibirla. Cuando sintió el cuerpo de su hija chocar contra el suyo dejó que

la emoción reventara y no contuvo las lágrimas. La abrazó fuerte mientras le acariciaba la espalda y la cabeza. Notó el olor a quemado y se separó un momento de ella para comprobar si estaba herida.

–Estoy bien mamá, aunque la garganta me arde como si hubiera aspirado el infierno.

–Gracias a Dios mi vida que pudiste salir de casa.

–No estaba en casa, estaba en Cuernavaca, y fue la tía Marta la que me salvó. Yo me quedé tirada en el suelo, ahogada, muerta y ella me levantó por los aires, blanca, alada como un ángel, infinita...

Sofía rompió a llorar y su madre la abrazó.

–¿En Cuernavaca? ¿Cómo? En el supermercado querrás decir. ¿Y el abuelo?

Sofía siguió llorando un momento más, hasta que logró calmarse un poco como para poder hablar.

–La tía Martha hizo también otra cosa –dijo.

Las sirenas seguían sonando y la última pared en pie de Cuernavaca se desplomó para siempre desparramando escombros por la calle Sáenz Peña. Sofía miró hacia los escombros y luego a los ojos azules de su madre.

–La tía Martha también hizo otra cosa –repitió–. Mandó al abuelo al infierno.

Al despertarse intentó abrir los ojos pero no pudo, los tenía atrapados. Movié los brazos y se tanteó la cara. Tenía toda la cabeza cubierta de vendas, incluso los ojos. ¿Estaría ciega? Le dieron ganas de llorar, pero cuando vino el primer sollozo un dolor insoportable le inundó la garganta y el pecho. Empezó a patallar. Entonces sintió como unos brazos la sostenían y luego le aplicaban una inyección. El dolor fue remitiendo mientras la consciencia se alejaba. Se durmió con la imagen de Roberto bailando. Era un tonto sin remedio, pero a ella la había hecho sentir como una reina.

Quilmes, Argentina, 9 de agosto de 2012